



Mal de ojo

En qué momento nos hemos creído que desear algo es razón suficiente para obtenerlo

MARTA SAN MIGUEL



No sé si son supersticiosos, yo solo lo soy cuando juega mi equipo, el Racing de Santander. No leo el horóscopo, ni tengo talismanes ni creo en la numerología (cuánta gente anda sumando los dígitos de 2026 para asegurarse un diez este año nuevo). Pero cuando juega el Racing, cruzo los dedos y los aprieto muy fuerte como si pudiera convocar una providencia mística que tuerza el destino del balón. Al acabar el partido me suelen doler los nudillos y pienso en lo absurdo de este gesto, lo irracional de esa fe ímproba: ¿en qué momento nos hemos creído que por desear que suceda algo es razón suficiente para obtenerlo? La actualidad a veces me hace pensar que las coincidencias no son cuestión de suerte. Hace unos días publiqué en estas páginas una columna titulada 'Cartas extraordinarias'. Era una pequeña fábula que defendía las cartas por la conexión que logran entre el emisor y el destinatario gracias a su lentitud manuscrita. El mundo que habitamos se está descomponiendo entre invasiones y debates embarrados, y frente a la prisa de los mensajes inmediatos que agotan su sentido en cuanto pestañas, la cartas representaban un refugio. Pero el día que EE UU hizo suya la máxima de que el fin justifica los medios en Venezuela y amenazó de nuevo con anexionar Groenlandia, una pequeña noticia que ocupaba las páginas interiores de los periódicos me hizo pensar en si no nos habrían echado un mal de ojo.

Dinamarca elimina su servicio postal estatal, decía el titular. A partir de ahora, los daneses tendrán que recurrir a la mensajería privada para mandar una carta. El fin de su 'Correos', tras cuatrocientos años de servicio, ha dejado sin trabajo a 1.500 personas y ha eliminado de las calles sus icónicos buzones rojos. Y todo por la lógica de las cifras: en 2000, los daneses enviaron 1.500 millones de misivas, pero el pasado 2024, solo 122 millones. La rentabilidad es una cosa muy seria, pero también lo que representan estas cifras en nuestra forma de existencia.

Solo era una pequeña noticia, como digo, apenas una anécdota frente al despliegue de la Delta Force y el oximoron de su democracia impuesta, pero ahora que al buzón solo nos llegan cartas con notificaciones administrativas o del sistema de salud, la coincidencia me provocó un escalofrío como la magia negra; eliminar buzones es una sibilina forma de aislarnos, de dejarnos solos frente a los salvadores que aprietan mucho los nudillos para conseguir lo que quieren, como los 'hooligans'. Me pregunto si Groenlandia mantiene aún sus buzones rojos en la calle o acabaremos viendo los azules de la United States Postal Service que salen en tantas películas que nos llegan de Hollywood.

Por sus frutos los conoceréis

VÍCTOR MESEGUER

Educador

¿Vuelve el catolicismo a resurgir en los más jóvenes? La pregunta puede ser para unos esperanzadora y para otros arriesgada

El reciente éxito del disco 'LUX' de Rosalía (a estas alturas, todos sabemos a quién nos referimos), o de películas como 'Los domingos', nos hace preguntarnos: ¿vuelve el catolicismo a resurgir en los más jóvenes? Una pregunta que para unos puede ser esperanzadora y para otros arriesgada. Responder categóricamente a esta pregunta requiere quizás del auxilio de muchos doctores (tanto en la Iglesia como fuera de ella), por lo que me voy a atrever a dar una serie de pinceladas, y –sobre todo– conectar estas claves con el propósito real de este artículo: recordar que cualquier continuidad en la transmisión de la Fe requiere de personas con trayectoria probada de haberse comprometido con sus semejantes.

El catolicismo en España parece estar resurgiendo entre los más jóvenes: grupos como Hakuna o Efettá llenan las iglesias y los conciertos, 'influencers' jóvenes expresan su fe en público en las redes sociales, o la multitudinaria participación en las Jornadas Mundiales de la Juventud y el reciente Jubileo de los Jóvenes en Roma, o la reciente aparición del grupo Jóvenes Cristianos Socialistas en el PSOE... pueden ser manifestación de una posible vuelta del catolicismo a la escena pública en las generaciones más jóvenes o de una reconfiguración profunda de la vida religiosa. Sin embargo, nos preguntamos si esta expresión de fervor expresa una vuelta al magisterio y seguimiento de la Iglesia o más bien la necesidad en muchas personas de acercarse a la Trascendencia y Espiritualidad en un mundo cada vez más materialista, desigual, inmisericorde con los vulnerables y 'desechables'; un mundo donde el poder, el dinero, la fama y el prestigio son los valores que priman. La duda proviene de las razones que al-

gunos famosos expresan para su conversión espiritual. Pongamos el caso de Rosalía: en sus letras no se habla tanto de religión como de espiritualidad, con un interés por el feminismo místico, la figura de mujeres creyentes históricas, la necesidad de crear un «espacio de Dios» que los bienes materiales no pueden llenar, su apertura a la comparación con ideas religiosas de diferentes culturas... Aun a riesgo de equivocarnos, estas ideas expresan espiritualidad y deseo de salvación individual pero quizás no son religiosas y menos cristianas. El individualismo rampante en el que estamos inmersos nos oculta que todo proyecto de salvación y emancipación, todo intento de búsqueda y comunión con la Trascendencia, o es con los demás, o se convierte en un ejercicio de autoexaltación soberbia en que parece que Dios ha creado este mundo sólo para nosotros. Las creencias individuales si quieren verdaderamente transformar a la persona y acercarle al valor de la Divinidad, o se realizan en comunidad y con el propósito de procurar el Bien Común, o se quedan en un ejercicio egoísta de autoindulgencia. Así, las creencias cristianas católicas se comparten en el seno de una Iglesia, una asamblea universal (la traducción del término griego 'katholikos') continuada en el tiempo, donde de padres a hijos, de hermanos a hermanos, la esperanza y la vinculación con lo que nos trasciende se ha ido transmitiendo.

Necesitamos personas que se crean su destino, que compartan su destino con una comunidad, que transfieran sus creencias a sus hijos, y que incluso creen instituciones perdurables que las trasciendan más allá de su paso por el mundo. Un cristianismo reconciliado con el horizonte de todos. Y por qué no, donde quepa un cristianismo radical. Porque como dijo Joseph

Cardijn: «La Iglesia sin obreros no puede ser la Iglesia de Jesucristo». Bueno, lo dijo Cardijn pero yo me enteré leyendo a Antonio Murcia Santos, párroco de mi pueblo, Algezares, y antiguo consiliario de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), una organización que este año aprovechó la Navidad para recordarnos que «Dios nace en medio del sufrimiento humano»: la invasión de Ucrania, el genocidio palestino en Gaza, las guerras que no vemos en Sudán, Somalia o el Congo, la vuelta a la ley del más fuerte a manos de un clan de matones y pedófilos electos en la democracia más antigua del mundo, el desalojo del antiguo B9 en Badalona, las pateras que huyen de la guerra, el cambio climático y la miseria... Y la vuelta a la ley del más fuerte a manos de un clan de matones y presuntos agresores sexuales, buenos amigos de Jeffrey Epstein, electos en la democracia más antigua del mundo. Porque la fe solo va de buscar el silencio en medio del ruido, creo que es más eficaz aplicar aquello de «por sus frutos los conoceréis» (Mateo 7:16). Por eso hoy quiero poner en valor el compromiso de miles de cristianos anónimos que luchan para romper la cadena hereditaria de la pobreza y el hambre, así como su trabajo militante contra la injusticia, la guerra, la desigualdad y la explotación del hombre por el hombre.

Necesitamos personas que no tengan miedo a expresar su fe, a conducirse según sus creencias en todos los aspectos de la vida. Necesitamos personas que aporten valor y continuidad para crear bienes comunes. Necesitamos personas que no se crean más de lo que son, pero se crean quienes son.

¿Vuelve el catolicismo a resurgir en los más jóvenes? Dios dirá, pero son personas concretas, sean jóvenes o mayores, las que con sus frutos marcan la diferencia.

ACUSE DE RECIBO
JAVIER BALLESTA

El domador del circo



Este Año Nuevo no sabemos por dónde irá y si hará mejor al anterior. Veremos a ver qué novedades tendremos y cómo encajaremos tantos interrogantes. La complejidad es grande, vivimos en una paradoja constante y en esa incertidumbre que no nos deja.

Dispuestos a ordenar nuestros días, en esta vuelta a la normalidad retomando la rutina, seguimos con lo mismo de siempre y los nuevos añadidos que acontecen. No sé si seremos capaces de sobrevivir a tanta amalgama de noticias, ruido mediático y conseguiremos tener la mente clara para comprender e interpretar la realidad con mesura, porque la necesitamos. Coexisti-

mos en un avatar constante con demasiados asuntos enredados que siguen dando batalla, a los que se suman otros nuevos.

Por unas semanas hemos desconectado de la política gubernamental, de los tribunales, de los 'tres tenores' del Peugeot y de las incoherencias de nuestros políticos que no consiguen ponerse de acuerdo, ni sintonizar su oratoria para desterrar la polarización, la polémica y estar siempre a la gresca.

Estos días pasados han servido, para dejar de ver la serie de nuestros políticos de turno, por unos días y poder darnos un respiro, aunque me temo que no tardarán en volver a las andadas. Necesitá-

bamos esa desconexión política que tanto nos han aburrido y decepcionado.

Mientras tanto, el punto de mira ha gravitado en el domador del circo, el temible Trump, ese gran dictador que quiere conquistar a toda costa el mundo haciendo de las suyas al capturar al tirano Maduro, en una operación brillante, al más estilo genuino de un videojuego que describe la caza y captura del patriarca venezolano. Será tema para una buena serie o juego de videoconsola. El sueño americano se permite capturar a un dictador latinoamericano, porque sí, sin dar explicaciones, es un orgullo para este presidente y un aviso a navegantes.

Trump, el bailarín mecánico robótico, está contento porque su plan ha sido todo un éxito, aunque sea cuestionado. Su empeño en conquistar el mundo y ambicionar riqueza, caiga quien caiga, se ha cumplido. Lo que quiere este matón, porque le apetece, es encarcelar a un tirano para controlar su petróleo. No sabemos lo que hará mañana este loco que amenaza con ser el amo del mundo.